

Las mujeres en el misticismo cristiano (II)¹

María Toscano y Germán Ancochea

Tras la muerte de Jesús las mujeres adquirieron en el cristianismo primitivo un papel relevante, especialmente si se compara con el que desempeñaban en las religiones de su entorno, y en este contexto deben entenderse las palabras de san Pablo exhortando a las mujeres a una cierta «moderación» en su comportamiento público en las asambleas de las nuevas comunidades, para evitar equívocos con la presencia de las mujeres en los ritos orgiásticos. De hecho fueron especialmente mujeres del entorno de Pablo las primeras de cuya presencia y función en las comunidades vamos a tener recuerdo.

Durante 700 años las mujeres cumplieron un papel fundamental en la consolidación de la comunidad cristiana. De ellas no conservamos escritos, pero sí abundantes recuerdos de su comportamiento, que es el que, en última instancia, da fe del estado por ellas alcanzado, y recuerdos de sus dichos incorporados a los escritos de destacados santos que las consideraron un ejemplo a seguir y, en no pocas ocasiones, sus verdades maestras.

Diaconisas, viudas y mártires

Las primeras mujeres de las que tenemos noticia se dan a conocer como respuesta a las necesidades de servicio que se van planteando en las primeras comunidades cristianas. Están ante todo las diaconisas².

Algunas mujeres se pusieron espontáneamente al servicio de la comunidad y servían comida, ropa, acogían en su casa y se dedicaban a atender a los pobres -los pobres formaban una parte grande en el pueblo de Israel, los *anawin* o pobres de Yhvh, eran aquellos que no tenían nada-. La función de atender a las necesidades de la comunidad fueron pronto tan importantes que junto con la función sacerdotal -los presbíteros- se creó, ya desde los primeros momentos, el orden de los

diáconos con este fin. Al diaconado se accedía por elección de los apóstoles o de las comunidades y mediante un rito de imposición de manos, y numerosas mujeres fueron ordenadas como diáconos. Las diaconisas tenían que estar al servicio de la comunidad y tenían que estar disponibles, por lo tanto, para moverse, ir y venir, viajar, aceptar cualquier tipo de servicio. Las diaconisas no sólo servían, sino que también enseñaban, cosa que, dadas las costumbres de la época, nos puede parecer extraño. Nada menos que Pablo, que ha sido acusado de misógino manda a dos diaconisas enseñar. Aunque, como corresponde al auténtico servicio, la mayoría de ellas pasaron por el mundo haciendo el bien de forma anónima, conservamos el nombre y algunos datos biográficos de algunas que pueden ilustrarnos sobre el talante de estas mujeres diaconisas.

Lidia fue una mujer de origen griego, comerciante de púrpura, rica, que vivía en Tiro. Esta mujer tenía una aspiración mística desde siempre, pero es cuando conoce a Pablo de Tarso en uno de sus viajes cuando se da cuenta que esa aspiración y esa necesidad mística tienen una concreción y, con todas sus esclavas, se convierte al cristianismo. Pone a disposición de la comunidad cristiana su casa; una casa que fue una primera iglesia de una comunidad humana, religiosa, de oración. Lidia dirigió hasta que murió, de muy viejecita, una larga comunidad de oración en la ciudad de Tiro, en medio de la pompa y del dinero, poniendo su riqueza y su casa al servicio de la comunidad. Lidia aparece por dos veces citada por san Lucas en los *Hechos de los Apóstoles*:

Y escuchaba una mujer llamada Lidia [...] temerosa de Dios. El Señor abrió su corazón para que hiciese caso de las cosas que Pablo decía...³.

Para un judío la expresión «temerosa de Dios» significa ser fiel cumplidora de la Ley y sincera adoradora del Dios único. Dice la Sabiduría en el libro de los Proverbios:

Hijo mío si das acogida a mis palabras, y guardas en tu memoria mis mandatos [...] inclinando tu corazón a la prudencia [...] entonces entenderás el temor de Yhvh y encontrarás la ciencia de Dios.⁴

El auténtico temor de Dios -que no debe confundirse con el «miedo a Dios»- nace precisamente de la contemplación de la teofanía de su Majestad⁵, por lo tanto el auténtico temeroso de Dios es aquel que ha alcanzado un grado espiritual que le hace capaz de percibir esta teofanía. El maestro sufí Bashr Hafi decía: «El temor de Dios es un ángel que mora en el corazón del virtuoso»⁶, y es precisamente este corazón el que se abre cuando Lidia se con-vierte, es decir vuelve su corazón hacia el rostro de Dios que Jesús había manifestado y que san Pablo le hace conocer. Y las consecuencias visibles de esta apertura del corazón fueron las únicas posibles: la auténtica pobreza y el servicio a los demás. El resto permanece en el secreto del corazón de Lidia, que es donde Dios habita.

Febe, fue otra gran diaconisa, que no debía ser de origen judío pues su nombre era el de una divinidad griega. Había nacido en Corinto y había seguido a Pablo de Tarso desde el principio. Pablo no tiene ningún inconveniente en mandar directamente hasta Roma a una mujer, portadora de lo que luego se llamará la *Epístola a los Romanos*. Fue Febe quien la llevó en su mano desde Corinto hasta Roma protegida por un solo criado. En las palabras de despedida de la carta Pablo la presenta a la comunidad:

Os recomiendo a Febe, nuestra hermana, diaconisa de la iglesia de Cencreas [el puerto de Corinto], para que le tributéis en el Señor una acogida digna de los santos y la asistáis en cualquier cosa en que tenga necesidad de vosotros, ya que ella ha sido protectora de muchos y de mí mismo⁷.

Se ha dicho, incluso, que Febe estaba encargada de recaudar fondos para el previsto viaje de Pablo a España.

En la misma despedida de la *Epístola a los Romanos* Pablo cita a otra de las mujeres que le ayudaron:

Salud a Prisca y Aquila, colaboradores míos en Cristo Jesús. Ellos expusieron sus cabezas para salvarme. Y no soy solo en agradecerse, sino también todas las Iglesias de la gen-

tilidad; salud también a la Iglesia⁸ que se reúne en su casa⁹.

Se trata de un matrimonio que aparece en seis ocasiones en el Nuevo Testamento, y la mayor parte de las veces la mujer, Prisca o Priscila, citada en primer lugar, algo absolutamente poco frecuente en aquella época y que pone de manifiesto que la verdadera colaboradora de Pablo era ella. Prisca y Aquila (fabricante de tiendas) eran un matrimonio judío que vivían en Roma cuando se convirtieron al cristianismo. Los dos hablaron de Jesús en las sinagogas, y la polémica que se desató, entre los judíos convertidos al cristianismo y el resto de la comunidad judía, fue tan grande que hacia el 49 d.C. el emperador Claudio expulsó a todos los judíos de Roma, entre ellos a Prisca y Aquila. Se trasladaron a Corinto y allí conocieron a Pablo (que también era fabricante de tiendas y que vivía de ello, *para no ser gravoso a nadie*, según sus propias palabras) quien se alojó en su casa. Un año y medio más tarde, los tres viajaron a Efeso y el matrimonio ofreció su casa como lugar de reunión a la comunidad cristiana local. Allí conocieron a Apolo hombre culto y de gran formación, que se puso a hablar con entusiasmo de Jesús en la sinagoga, aunque sólo conocía el bautismo de Juan el Bautista. *Prisca y Aquila lo tomaron aparte y le expusieron con mayor precisión el Camino de Dios*¹⁰. Este hombre, Apolo, formado por Priscila se convertirá después en un famoso difusor de la Buena Noticia de Jesús, y como tal aparece numerosas veces en los escritos del Nuevo Testamento. Tras la muerte de Claudio en el 55 d.C. Prisca y su marido regresaron a Roma y su casa continuó siendo un centro de reunión y predicación. Conviene resaltar una vez más que según todos los indicios y tradiciones la verdadera protagonista de esta labor era, en todas las ocasiones, la mujer.

Mención especial por la importancia que se le concedió durante siglos merece otra mujer, compañera también de Pablo, rodeada de leyenda: santa Tecla, un personaje que, a pesar de la escasez de datos históricos sobre su persona, ha representado durante siglos un ideal de mujer consagrada a Dios. Los apócrifos *Hechos de san Pablo* nos dicen que Tecla, prometida a un joven rico de Iconio (Cilicia), oyó a Pablo predicar

el Evangelio y decidió consagrarse enteramente al Señor, abandonando su casa e incorporándose a los discípulos de Pablo. Denunciada por su prometido y por su madre fue condenada a morir en la hoguera pero salió indemne del fuego. Huyó con Pablo a Antioquía donde otro hombre que se enamoró de ella, al ser rechazado la denunció al juez y fue condenada de nuevo a morir devorada por las fieras: osos, leones, cocodrilos y toros se negaron uno tras otro a atacarla. Siguió acompañando a Pablo en sus viajes y a la muerte de su prometido y de su madre regresó a Iconio, donde fundó una comunidad de mujeres dedicadas a la vida contemplativa. Su leyenda se extendió rápidamente por las comunidades cristianas y se convirtió en el arquetipo de la mujer, virgen y mártir, que consagra toda su vida al Amado.

Junto a las diaconisas, aparecen las viudas que, también en el pueblo de Israel, representaban un problema grande. Una mujer que se quedaba viuda, quedaba absolutamente desprotegida ante la sociedad, no tenía nada ni ningún derecho. Las viudas fueron acogidas en esta pequeña comunidad y tuvieron una doble función. Por una parte eran protegidas, pero, por otra, cuando se vio el potencial de amor y entrega que tenían estas mujeres, se les encargó la misión de orar, rezar y aceptar y acoger en sus casas. Formaron grupos de oración y de servicio a la comunidad. Constituían un orden porque se consideraban elegidas por Dios y porque tenían un rito de consagración, después de haber sido sometidas a una serie de pruebas. Estas mujeres se sometían a un proceso de formación hasta que les eran impuestas las manos. La imposición de manos, que es un rito antiquísimo en la humanidad, implicaba, a partir de entonces, en función de la influencia espiritual transmitida por Jesús a sus discípulos, la venida del Espíritu Santo sobre aquellas mujeres que habían aceptado dignamente un servicio.

¿Qué nos indican estos ejemplos de una presencia tan destacada de las mujeres en la vivencia y transmisión del rostro de Dios que Jesús había mostrado? Quiere decir que en aquellas comunidades nacientes, en la nueva religión, es decir, en la nueva forma de entender la relación del hombre con Dios, se ponía en primer plano el amor, tanto el amor entre Dios

y los hombres, como el de éstos entre sí -que no es más que otra cara del anterior y único- y, en el terreno del amor y de la entrega a los demás, las mujeres tuvieron un papel clave y fundamental. Cuando aproximadamente dos siglos después estos grupos de mujeres desaparecen, la vida espiritual de las comunidades cristianas sufre un importante retroceso, pero el soplo del Espíritu no dejó de suscitar nuevas formas en que las mujeres pudieron hacer aflorar la savia que mantiene viva la Iglesia, porque -dijo Jesús-:

El viento sopla donde quiere y oyes su voz y no sabes de donde viene y adonde va. Así es todo el que nace del Espíritu.¹¹

Pronto las mujeres -como el resto de los cristianos- tuvieron otra dolorosa oportunidad de mostrar, de dar testimonio de su unión con Dios: ante la persecución y el martirio. Todo hombre que tiene una experiencia profunda de la Realidad y de su especial relación con la Divinidad se vuelve libre y relativizador de todo aquello que no es Dios, y esta actitud resulta molesta y provocadora, tanto frente al resto de la sociedad, como, en ocasiones, en el seno de la propia comunidad, lo cual acaba desembocando en esfuerzos más o menos violentos para librarse del «cuerpo extraño»¹².

A partir de mediados del siglo II, los cristianos que morían como consecuencia de las persecuciones fueron llamados «mártires», palabra griega que significa «testigos», pues el martirio fue ocasión de que aquellos hombres diesen testimonio público de su fe y, de hecho, las oleadas de ejecuciones públicas fueron seguidas de oleadas de conversiones.

Las mujeres sufrieron la misma suerte que el resto de los miembros de la comunidad, pero con frecuencia a las torturas generales se añadían las vejaciones específicas por el hecho de ser mujeres. Su testimonio daba fe de la profundidad de su experiencia, tanto por su

valor, que admiraba a los varones que las consideraban el «sexo débil», como por la profundidad de los diálogos mantenidos con sus verdugos, haciendo buena la promesa de Jesús a sus seguidores:

Cuando os lleven ... ante los magistrados y las autoridades no os preocupéis de cómo o qué habéis de responder o decir, porque el Espíritu Santo os enseñará en aquella hora lo que habéis de decir¹³.

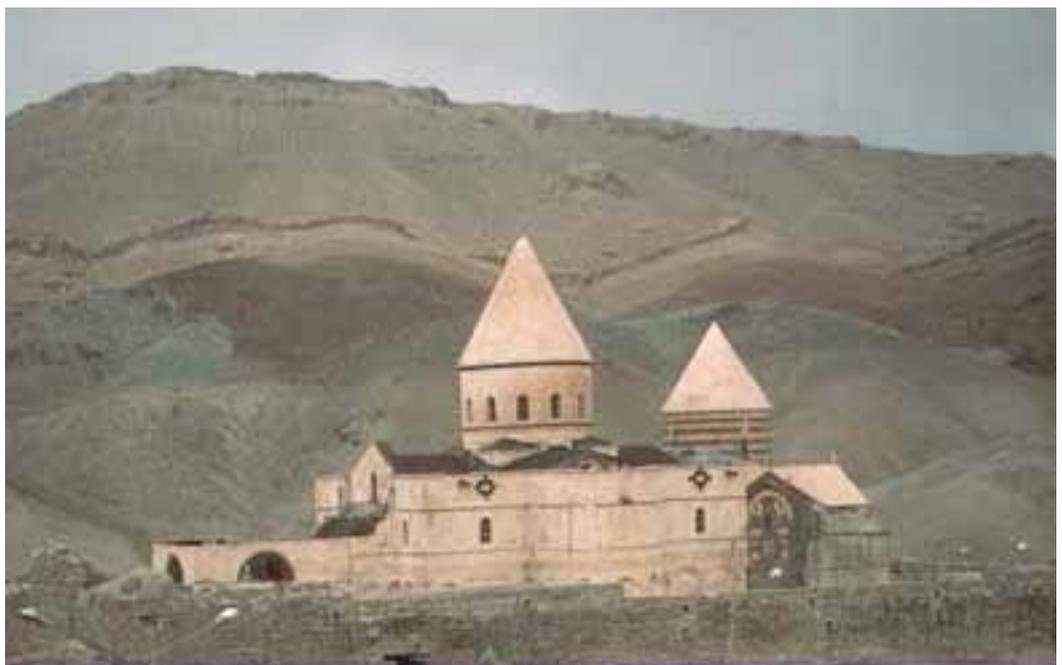
Las distintas Actas de los Mártires están llenas de relatos que dan testimonio de la fuerza del amor y la fe de estas mujeres, en tal número que se hace difícil escoger algún ejemplo por encima de los demás; y si en ocasiones el género literario puede hacer que sus palabras nos parezcan excesivamente grandilocuentes ello es una muestra más de que su actitud no resultaba en absoluto extraña para los lectores de los relatos, que con frecuencia eran contemporáneos de los hechos narrados.

La primeras maestras

En el siglo IV, encontramos en Roma una serie de mujeres muy interesantes, intelectuales, que supieron aunar su experiencia interior con la profundización en el estudio de las Escrituras y que fueron reconocidas como maestras por sus comunidades. Huelga recordar

que en aquellos tiempos el estudio de la Escritura, la teología en general, no era una actividad puramente intelectual, sino que por el contrario se entendía que sólo la experiencia interior podía abrir el corazón al recto entendimiento de los misterios de Dios.

Marcela, que vivió a finales del siglo IV y principios del V, pertenecía a una de las familias nobles de Roma. Huérfana de padre desde pequeña se quedó viuda a los seis meses de su matrimonio y declinó con elegancia las propuestas de un nuevo matrimonio por parte de un cónsul romano. Repartió a los pobres la mayor parte de sus riquezas y vivió en su casa del Aventino junto con su madre y un grupo de nobles romanas, convirtiéndola en un lugar de oración donde se reunían con una triple finalidad: orar, leer los salmos y comentar las Escrituras. Como el comentario de las Escrituras exigía una interpretación, ellas iban anotando los problemas que surgían para luego poder consultar. Se cuenta que san Jerónimo, el que escribe luego la Vulgata, la traducción al latín de los escritos griegos de la Biblia, llega a Roma y se queda totalmente fascinado por la cantidad de grupos inteligentes, cultos, de mujeres que se reunían únicamente para rezar y comentar la Escritura. Marcela lo toma como maestro y cuando éste abandona Roma, Marcela se convierte en la autoridad de referencia para la interpretación



Iglesia de San Tadeo (Macu, Persia)

de las escrituras; es más, el propio san Jerónimo llega a atribuir a la influencia de Marcela el haber decantado a favor de sus tesis algunas disputas teológicas. Cuando los godos de Alarico saquearon Roma, Marcela fue capturada y torturada, entre otras cosas porque los invasores no creyeron que su pobreza fuese real y pensaban que escondía sus riquezas, y, como consecuencia de sus heridas, murió pocos días después junto a la tumba de san Pablo.

Estamos hablando de mujeres laicas, mujeres que no han abandonado el mundo, mujeres que viven en el mundo, mujeres que tienen una intención espiritual profunda; viven en el mundo para servir y aprender, haciendo buena la petición de Jesús al Padre: *no te pido que los quites del mundo, sino que los preserves del mal*¹⁴, actitud común a todos los auténticos gnósticos que, de acuerdo con el dicho sufí: *retiran del mundo su corazón, no su mano*.

Melania (llamada Melania la Mayor) fue otra noble romana, de la misma época, casada muy joven con el prefecto de Roma, con el que tuvo tres hijos de los que sólo sobrevivió uno. Ella sola había empezado una vida de oración, pequeños ratos de oración en soledad, pequeños ratos de vivencia interior que empieza a compartir con un grupo de amigas, cuando pronto se queda viuda. Juntas se trasladan a Jerusalén y compran un terreno en el Monte de los Olivos -donde Jesús había pasado la última noche en oración- y fundan una comunidad de oración y acogida. Cualquier persona que fuera a Jerusalén podía dormir, vivir en casa de Melania, siempre que su vida fuera digna. Pasados treinta años volvió a Italia y se unió al grupo que se había formado alrededor de su nieta, hija de su único hijo superviviente, Melania la Joven.

Melania la Joven (383-439), recibió una esmerada educación, hablaba latín y griego, y pronto se distinguió por su gran cultura. Hubiese deseado dedicarse a la vida monástica, pero por imposición de su familia se casó con Valerio Piniano, una de las mayores fortunas de Roma, con bienes por todo el imperio. Tuvieron dos hijos que murieron muy niños y de común acuerdo decidieron dedicarse a la vida de oración y empezaron a vender y repartir sus bienes. Esta decisión resultó

escandalosa tanto para el resto de la nobleza romana como para sus hermanos y para sus propios esclavos, que intentaron impedirlo y Melania y Piniano tuvieron que dirigirse a la emperatriz para que ratificase su derecho a disponer libremente de sus bienes. Recibida la autorización imperial empezaron a emancipar a los esclavos y a vender los bienes de Italia y repartirlos a los pobres. Mientras tanto un grupo de amigos, la madre de Melania y su abuela, se habían unido a ellos y juntos llevaban una vida de oración y estudio en una villa próxima a Roma. El prefecto de la ciudad intentó confiscarles los bienes que quedaban, pero la llegada de los bárbaros de Alarico, a la que ya hemos hecho referencia, destruyó toda la estructura administrativa romana. Melania, Piniano y sus amigos huyeron a Sicilia, de allí a sus propiedades en Africa, donde vivieron siete años y entraron en contacto con san Agustín. Vendieron sus posesiones en Africa y fundaron con ellas dos monasterios, en los que se quedaron algunos de sus antiguos esclavos, emancipados, que les habían acompañado y que ya eran ancianos. Vendieron también sus posesiones en España y con el dinero recogido se dirigieron primero a Egipto, donde estuvieron en contacto con los anacoretas y ermitaños que poblaban el desierto egipcio, y que hicieron surgir en el matrimonio el deseo de una vida más austera y solitaria dedicada sólo a la oración. Con esta intención se trasladaron a Jerusalén donde intentaron repetir las experiencias de los anacoretas egipcios pero diversos inconvenientes les llevaron a fundar, con los bienes que todavía les quedaban dos monasterios, uno masculino y otro femenino, del que Melania se niega a ser superiora. A la muerte de su esposo, Melania se instala en una celda al lado de la tumba de su marido y se retira a una vida de absoluta austeridad y silencio, sólo interrumpida cuando debía atender a las muchas personas que le pedían consejo, entre ellos miembros de la familia imperial que llegaban de Constantinopla para verla. Muere en Jerusalén al regreso de un viaje a Constantinopla para intervenir en la conversión de un tío suyo que era miembro de la corte. El centro de la espiritualidad de Melania era un profundo y absoluto amor a Dios, indisociable para ella de la pureza de alma y cuerpo, de la humildad y la pobreza.

Su vida diaria fue, especialmente en los últimos años, marcadamente austera; sin embargo, en sus consejos a las monjas y a quienes la visitaban, incitaba a moderar la austeridad y a rechazar las privaciones extraordinarias.¹⁵ Su vida espiritual se basaba en la práctica de la oración continua, sólo interrumpida por la lectura de las Sagradas Escrituras, de acuerdo con el consejo de san Pablo: *Estad siempre alegres, orad ininterrumpidamente, dad gracias en todo al Señor*¹⁶, que más tarde será la base de la Oración de Jesús de la Iglesia Griega.

Estos no son más que algunos ejemplos del papel inmenso, escondido, que estas mujeres iban cumpliendo en la comunidad, unas veces adoptando caminos ya existentes, otras como estas últimas que nos han ocupado, como Marcela y las dos Melanias, y sus amigas, intentando ensayar nuevas vías de oración y servicio, de dedicación a Dios en definitiva. Hay que resaltar que estas mujeres llegaban a este servicio de la comunidad porque habían sentido en su interior una llamada profunda a la conversión del amor. No hay otra conversión que no sea esa. Convertirse no es cambiar de religión. CON-VERTIRSE es cambiar la mirada de dirección, de uno mismo hacia Dios, es volver a mirar hacia el Amor, que es el único punto de la vida espiritual y de la vida mística que interesa.

Las reinas santas

Más tarde, cuando los pueblos bárbaros que habían ocupado el imperio romano comenzaron a convertirse al cristianismo, aparecen nuevos ejemplos de mujeres fieles a la llamada de Dios. De hecho fueron en muchas ocasiones las mujeres de los reyes las que influyeron en la conversión de sus esposos al cristianismo, y de acuerdo con la tradición germánica, en la consiguiente conversión de todo el pueblo, ayudando a mitigar y humanizar sus bárbaras costumbres.

Tal es el caso de Clotilde (470-545) princesa burgundia, cristiana, que se casó con el rey de los francos Clodoveo, e influyó decisivamente en su bautismo y en la conversión de los francos al cristianismo, lo que fue determinante para el futuro de Europa y de Francia. Fue consejera de su esposo, que admiraba su santidad y

austeridad, pero no pudo evitar las luchas entre los francos y burgundios, ni los crímenes de sus hijos, uno de los cuales será uno de los tristes protagonistas de la siguiente historia. Muerto su marido, cuando ella era todavía joven, Clotilde se retiró a hacer vida de oración con un grupo de sirvientes y amigos y durante 37 años vivió una vida escondida. De reina pasó a ser una mujer escondida y oculta.

Radegunda (+ 587) es una santa turingia¹⁷. Era una niña cuando su hermano mata a su padre, rey de Turingia; poco después los francos derrotan a su pueblo y esta niña de 10 años es raptada por el rey Clotario (hijo de Clodoveo y de Clotilde) y llevada como botín-rehen a Francia. Clotario, que iba ya por su tercera mujer, planea hacerla su esposa y la envía a un monasterio para que la eduquen como a una futura reina. Mientras recibía la educación pertinente se desarrolla en ella un profunda vida de oración y silencio y se dedica a lavar y dar de comer a los niños más pobres del entorno.

Clotario se queda viudo y vuelve a raptar por segunda vez a Radegunda que tiene ya 19 años, y la convierte en su mujer. Radegunda acepta su posición, pero a cambio continúa con su vida de oración y austeridad, silencio y servicio personal a los más pobres. Radegunda tiene, por lo tanto, que saber compaginar la vida de la corte y la vida de la intimidad, la oscura vida del silencio interior y la vida de una reina. El rey, que no era precisamente un dechado de sensibilidad y humildad, lo acepta de mala gana, porque además la gente comentaba con cierta sorna que se había casado más con una monja que con una reina.

Años después, el rey Clotario mata al hermano de Radegunda y entonces ella lo abandona, consigue que el obispo la acoja y que, a pesar de las presiones de los nobles, acepte su consagración como religiosa, cortándose ante él las trenzas como signo de su renuncia al mundo, y que la ordene diaconisa, para continuar su servicio a los más necesitados. Se instala cerca de Poitiers en una casa pequeñita con una amiga y una sierva, dedicándose a atender a enfermos y leprosos. Poco a poco, más mujeres se le fueron uniendo y su casa se fue convirtiendo en un monasterio cuya comunidad se distinguió por su celo y por los altos

niveles espirituales alcanzados. El rey Clotario, tras varios intentos de recuperarla, acabó yendo en peregrinación a pedirle perdón, tal era la fama de santa que había adquirido aún en vida. Durante 35 años vivió Radegunda allí, «dormía poco» -se dice de ella- y pasaba largas horas de soledad y ayuno; era visitada por personas de todas clases sociales y niveles espirituales que acudían a pedir su consejo, negándose siempre a ser nombrada superiora de la comunidad.

La maestra de una familia de santos

Mientras tanto, en Oriente, donde el Cristianismo había conseguido una rápida expansión, había familias enteras que daban testimonio de la presencia de Dios. En ese mundo se desarrollaron algunos de los más importantes santos de la Iglesia y a ellas pertenece nuestra próxima protagonista.

Entre las mujeres que siguieron la llamada del Amado desde los primeros momentos en que fueron tomando conciencia de sí mismas y que optaron desde un principio por la vida monástica encontramos, en un lugar destacado a santa Macrina (327-380). Su interés reside, además de en el nivel de santidad por ella alcanzado -que la ha convertido en uno de los modelos permanentes de la vida monástica cristiana- en que perteneció a una amplia familia de santos y en que disponemos de su vida, la primera de una Madre espiritual, escrita por uno de los más grandes místicos y teólogos del cristianismo: su hermano Gregorio de Nisa.¹⁸

Como en caso de Melania, la abuela de Macrina, a la que debió su nombre, también destacó por su santidad. Macrina la mayor y su marido vivían en la región de Cesarea, en Capadocia (la actual Turquía); tuvieron que huir al bosque como consecuencia de la última de las diez grandes persecuciones sufridas por los cristianos en el imperio romano. Durante siete años vivieron en el desierto alimentados sólo por lo que ofrecía la naturaleza y a su regreso a la ciudad el marido de Macrina fue martirizado y muerto.

Su hijo Basilio, funcionario del estado y hombre de profunda formación filosófica tuvo diez hijos, de los cuales vivieron nueve; de ellos la Iglesia consi-

dera santos a Macrina, la mayor de todos, a Basilio¹⁹, obispo de Cesarea a Pedro, obispo de Sebaste y a Gregorio²⁰, mucho más joven.

La vida de Macrina estuvo marcada desde su concepción, pues antes de darla a luz su madre tuvo la visión de un ángel que le reveló el nombre secreto que correspondía a la niña -nótese que entonces no se podía conocer el sexo de los fetos- que era el de una antigua santa, santa Tecla, de la que ya hemos hablado.

Macrina, junto con sus hermanos mayores, fue educada bajo la influencia de su abuela y a los doce años, siendo una joven de renombrada belleza, fue prometida a un joven de familia noble, que murió antes de contraer matrimonio. Macrina, en la cual la idea del matrimonio no había despertado excesivo entusiasmo, toma la decisión de consagrarse a Dios. Tras la muerte de su prometido, Macrina se dedicó a educar a sus hermanos pequeños, en especial al propio Gregorio y a otro que también fue ermitaño y murió joven. Macrina se convierte también en guía de sus hermanos mayores -de hecho es la causante de la re-conversión de su hermano Basilio, que había regresado de estudiar en Atenas, henchido de orgullo intelectual- y en maestra espiritual de su propia madre. Muerto el padre deciden repartir sus bienes; Macrina, y varios de sus hermanos, entregan su parte a los pobres y con una parte de la familia, su madre incluida, se retira a una hermosa posesión familiar en Annesi a orillas del mar Negro, donde alrededor de Macrina acabará fundándose una comunidad monástica.

Macrina es definida por su hermano como una mujer «que se elevó a lo más alto de la virtud humana por medio de la filosofía»²¹, en el bien entendido que entonces, y especialmente en el pensamiento de los Padres de la Iglesia, la filosofía, al modo del ideal del sabio griego y de los filósofos neoplatónicos, como Proclo y Plotino, era considerada un ideal de vida basada en la contemplación de lo divino y en la sabiduría -gnosis- adquirida a partir de esta contemplación. La altura espiritual por ella alcanzada le hace decir a Gregorio: «una mujer [...] si se le puede llamar mujer, pues no sé si es conveniente designar con una cualidad perteneciente a la naturaleza a quien llegó a estar sobre la misma naturaleza»²²,

lo que nos pone de manifiesto que -en opinión de san Gregorio- su hermana se había despojado de cualquier atributo propio.

En una carta Gregorio hace un bello resumen de lo que fue la vida de esta mujer:

Teníamos una hermana, que era para nosotros maestra de vida, una madre después de nuestra madre [...] Vivía en el confín del Ponto, pues se había exiliado de la vida de los hombres. En torno a ella, un coro de vírgenes que ella había engendrado con dolores espirituales; ella ponía todo su cuidado en llevarlas a la perfección imitando en el cuerpo humano la vida de los ángeles. Para ella no había diferencia entre la noche y el día, pues la noche era activa en las obras de la luz y el día imitaba el reposo nocturno por la serenidad de la vida. Su vida era siempre ardiente, pues resonaba de día y de noche el canto de los salmos [...]

Después de muchos años de viajes y vida pastoral, Gregorio volvió a tiempo para asistir a la muerte de su hermana; nada es necesario añadir a su descripción:

Había transcurrido la mayor parte del día y el sol declinaba hacia el ocaso. Su fervor, en cambio, no decaía, sino que cuanto más se aproximaba a su partida, como si contemplase ya la belleza del esposo, se lanzaba con un deseo más vehemente hacia su bien deseado. Ella ya no se dirigía a los que estábamos allí presentes, sino a aquel en quien tenía intensamente fija la mirada. En efecto, se había puesto su lecho mirando hacia el Oriente. Ella había cesado de hablar con nosotros para no hablar más que con Dios, en oración, con las manos suplicantes, hablando bajo, con voz tan débil que a duras penas escuchábamos lo que decía. Esta fue su oración. No se podía dudar de que estaba cerca de Dios y de que era escuchada por Él²³.

Después de su muerte, y aún en vida, se atribuyeron a Macrina multitud de milagros, pero Gregorio, aunque cita algunos, no cree necesario detenerse en ellos, tanto para que a los que no tienen fe no les parezca increíble el resto de la narración, como porque los que tienen fe no los necesitan pues saben que hechos semejantes no son más que una consecuencia natural de la santidad alcanzada por cualquier hombre.

La llamada del desierto: soledad y silencio

Mientras tanto otras mujeres se retiraban, solas o en compañía, a los desiertos, para allí encontrarse con el Amado y con frecuencia, y a pesar de su deseo de pasar inadvertidas a los ojos de los hombres, convertirse en faros que alumbraban la vida de los otros buscadores.

El desierto (*eremos* en griego, de donde viene la palabra ermitaño, el que vive en el desierto) aparece en la mayoría de las tradiciones místicas como manifestación del deseo de soledad. Todo hombre espiritual, en un momento dado, experimenta la necesidad de apartarse, temporal o definitivamente, del mundo en busca de profundizar en la relación consigo mismo y de alcanzar la comunión con lo Absoluto²⁴. Los Padres hablaban de buscar el *aquietarse y estar en silencio*, para *dirigir el ánimo a la presencia de Dios*, para *estar solos con el Solo*, que es la vocación del monje, del *monachos*, que, como su nombre indica, aspira a recuperar la unidad primordial. Las tres religiones abrahámicas, de una manera u otra, han comenzado en el desierto. El desierto implica dos sentidos simbólicos esenciales: es la indiferenciación primordial, o es la extensión superficial estéril, bajo la cual debe ser buscada la Realidad.²⁵ El paisaje del desierto evoca simultáneamente la absoluta desnudez y ausencia de estímulos exteriores, la total sequedad, la presencia cegadora del sol, y el frío de la soledad de la noche. El desierto es el lugar, donde según la tradición, habitan los demonios y se manifiesta Dios. Y a ese doble encuentro se encamina el solitario; sus demonios interiores, las pasiones de su ego, se manifestarán con especial fuerza en la soledad del desierto y el solitario es consciente de la lucha que debe mantener²⁶ pero cree que así llegará antes a ser despojado de toda «humedad», a la absoluta pureza y muerte de sí mismo, que le debe permitir lo único importante: el encuentro con Dios. En el fondo es el propio Dios el que atrae a su amada al desierto, como Él mismo dice por boca del profeta Oseas: *Por eso yo voy a seducirla; la llevaré al desierto y hablaré a su corazón*²⁷. Y siguiendo esta llamada,

siguiendo el consejo de Jesús que recoge la tradición sufi:

La devoción posee diez grados, nueve de ellos se resumen en el silencio y el décimo en apartarse de la gente²⁸.

Desde las tierras áridas de España a las de Persia, con especial presencia en los desiertos de Egipto, Siria, Palestina y Capadocia, legiones de mujeres de todas clases se internaron en el desierto, para, solas o en compañía, dedicarse, en el silencio, a la espera del Amado, pues como dice el maestro sufi Shams-e-Trabrizi: «Mantén silencio, para que el Señor que te dio la lengua pueda hablar»²⁹. Entre ellas las hubo ricas y pobres, vírgenes y pecadoras, solteras, casadas y viudas, jóvenes y mayores, todas ellas, parafraseando los versos que siglos más tarde pronunciará san Juan de la Cruz, «en una noche oscura, con ansias en amores inflamadas... salieron sin ser notadas, estando ya su casa sosegada».³⁰ Recordemos a algunas de ellas.

La más famosa de las Madres del desierto fue Amma (madre) Synclética (320-400)³¹. Oriunda de Macedonia su familia, de origen noble y rica, se trasladó a Alejandría, atraída tanto por la fama de su vida cultural y filosófica como por la fama de santidad de la comunidad cristiana y los numerosos ermitaños que poblaban el desierto circundante. Synclética se sintió atraída por el Amor; desde niña, se negó a contraer matrimonio, a pesar de la presión de sus padres, y vivió en su casa una vida de austeridad, oración y silencio, repitiendo, ante cualquier intento de distraerla de su actitud, la frase de la esposa del Cantar de los Cantares (II, 16): *Mi Amado es para mí y yo para mi Amado*. Tras la muerte de sus padres y, con una hermana ciega, se retira a vivir a la tumba³² de sus padres. Se cortó las trenzas, como signo de su renuncia al mundo y consagración a Dios, vendió todos sus bienes y los repartió a los pobres y se retiró a la soledad. Se conservan sus palabras con motivo de la renuncia a sus bienes: «He sido recompensada con la estima de muchos ¿qué devolveré a mi vez a Aquél que me ha concedido esta gracia? No lo sé. Si en el mundo los hombres entregan todos sus bienes con el fin de conseguir una dignidad caduca, conforme a su ambición, con mayor razón, yo, favorecida con tal don ¿no

debería entregar junto con estos bienes mi mismo cuerpo? Pero, ¿qué digo? ¿Dar riquezas o el cuerpo a Aquél que es dueño de todo, darle algo que ya le pertenece? Del Señor es la tierra y cuanto la llenas».

A pesar de su deseo de estar sola pronto se vio rodeada de gente que fue a vivir a los alrededores fundando pequeñas comunidades que acudían a ella en busca de consejo, que sólo obtenían después de mucha insistencia, pues ella no se consideraba digna de dar consejos y menos aún de ser maestra de nadie.

Se conservan, en su Vida, escrita por autor desconocido a finales del s. IV, muchas frases atribuidas a ella, de las que escogemos algunas. Hablando de la humildad propia del que quiere progresar en la vida espiritual decía:

Nosotras, aún no teniendo nada de lo que se nos exige, nada deseamos alcanzar; privadas de todo nos proclamamos ricas. Es conveniente que quien obre el bien no lo proclame a nadie, pues de lo contrario se perjudicará... Debemos ocultar nuestros progresos en la vida espiritual. Los que quieran hacer ostentación de sus virtudes, descubran sus debilidades. Seamos prudentes, conozcámonos bien. Un tesoro descubierto, prontamente es derrochado.

Y, en el mismo sentido, comentaba en otra ocasión:

La humildad es una virtud tan singular, que al demonio, que puede imitar todas las virtudes, le es imposible imitar la humildad o aparecer humilde.

Para animar a sus hermanas, en medio de las dificultades del camino, les recordaba:

Al principio aquellos que avanzan hacia Dios tropiezan con muchas dificultades y sufrimientos, pero luego encuentran un gozo inefable, tal como ocurre con los que desean encender un fuego y que, antes de lograrlo, deben llorar en medio del humo. Se ha dicho: Nuestro Dios es un fuego devorador, por ello es necesario que encendamos el fuego divino con lágrimas y sufrimientos.

Amma Synclética murió a los 80 años después de tres meses de una dolorosa enfermedad, para la que se negó a admitir ningún alivio, queriendo, con su dolor, seguir e imitar a Jesús en su

agonía. Sólo admitió ser ungida con algunos aceites, que impidiesen que el mal olor de su carne podrida molestase a las hermanas que la acompañaron en sus últimas horas.

En el desierto también vivió a finales del s. IV y principios del V santa María Egipcíaca, cuya vida³³ fue muy distinta de la de nuestras anteriores protagonistas.

Zósimo era un anciano monje que había entrado de niño en un monasterio y había llevado siempre una vida santa; a los 53 años le entró la tentación de creerse perfecto y de que no había nadie que pudiese enseñarle nada nuevo en la vida monástica. Cuando estaba entretenido en estos pensamientos se le apareció un personaje que le recordó que a pesar de sus años de lucha espiritual ahora empezaba la parte más difícil y le aconsejó se dirigiese al desierto de Palestina donde encontraría un monasterio en el que debía vivir. Así lo hizo y entró en un monasterio donde «vio ancianos que resplandecían por sus obras, comunicando su esplendor a sus rostros». Tenían por costumbre en aquel monasterio, como preparación para determinadas festividades litúrgicas, que los monjes pasasen solos en el desierto unos días de ayuno y meditación. Así lo hizo Zósimo y se internó en el desierto que rodeaba el río Jordán. Allí, en el desierto, se hizo buena para él la reflexión de san Pablo: *Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo, para confundir lo fuerte*³⁴, y encontró a alguien que en su aparente fragilidad y humildad le recordó quien era el primero a los ojos de Dios.

Llevaba Zósimo ya 20 días en el desierto cuando un día vio una figura humana, desnuda, cubierta por una larga cabellera con la piel quemada por el sol. Intentó acercarse a ella y ésta huyó. Zósimo le gritó y le suplicó, entre llantos, que le permitiese acercarse para recibir su bendición y consejo, a lo que la figura contestó que era una mujer y estaba desnuda, que le arrojase su manto para cubrirse, y, hecho esto, se acercó a él. La mujer lo llamó por su nombre y ante ello Zósimo se postró ante ella implorando su bendición; la mujer insistía en que era ella la que debía ser bendecida y durante un tiempo, de rodillas, uno frente a otro, se pedían mutuamente la bendición. En un momento dado la mujer argumentó

que la prioridad le correspondía a Zósimo por ser sacerdote, y éste asombrado por los conocimientos que de él tenía, que sólo podían haberle sido inspirados por Dios, insistió en recibir su bendición. La mujer después de orar largamente con las manos elevadas al cielo lo bendijo y a continuación le impartió una serie de consejos sobre su vida espiritual y la del monasterio en que vivía. Terminada su oración y a instancias de Zósimo le contó su vida. Había nacido en Alejandría y durante largos años había llevado una vida lujuriosa como prostituta. Movida por su inclinación a la prostitución se embarcó en una nave que llevaba a un grupo de peregrinos a Jerusalén, pagando el pasaje con sus servicios; una vez allí, cuando, movida por la curiosidad, intentó entrar en la basílica donde se veneraban las reliquias de la cruz de Jesús, sintió que una extraña fuerza le impedía una y otra vez franquear la puerta. Se dio cuenta que era a causa de sus pecados, pero dejémosle a ella la descripción de su conversión:

La palabra de salvación tocó el ojo de mi corazón, y me mostró que la impureza de mi vida impedía y obstruía mi entrada a la iglesia. Comencé entonces a llorar y a lamentarme, golpeando mi pecho, y a gemir desde lo hondo de mi corazón. Me puse en pie y llorando vi encima de mí la imagen de la santísima Madre de Dios que se hallaba allí de pie: vuelta a ella y mirándola sin cesar, le dije: Virgen Señora, que diste a luz a la Palabra de Dios hecha carne, ya sé, ya sé que no es digno de mí, sucia de tantas inmundicias y corrompida hasta no más, mirar y adorar tu imagen, tú siempre Virgen, tú siempre purísima, tú que conservas tu cuerpo y tu alma pura y sin mancha. Corrompida como estoy, sólo sería propio de mí, llenar tu pureza de aborrecimiento y repugnancia. Pero si como he oído, Dios se hizo hombre nacido de ti para llamar a los pecadores al arrepentimiento, ayúdame en mi desamparo, acoge mi confesión y concédeme el permiso de entrar por la puerta abierta de la iglesia, y que no quede excluida de la santa adoración de la Cruz. Y te suplico que seas mi fiadora de esperanza ante Dios, tu Hijo, de que nunca más mancharé este cuerpo con la fornicación vergonzosa sino que tan pronto vea el árbol de la Cruz de tu Hijo, en seguida

renunciaré al mundo y a todo lo que hay en el mundo, e iré adonde tú, ¡oh garantía de salvación! me ordenes y conduzcas.

Tras esta oración pudo entrar en el templo, el recién abierto «ojo de su corazón» le permitió darse cuenta de que Dios aceptaba su arrepentimiento y se internó en el desierto con un único vestido y tres panes y con ello vivió allí durante 17 años y hasta entonces no había visto ningún ser humano. Después de este relato se despidió de Zósimo y se citó con él para la misma fecha del año siguiente. Se volvieron a encontrar, milagrosamente, a orillas del Jordán, Zósimo le administró los santos sacramentos y ella volvió a maravillarlo con la sabiduría de sus palabras y sus consejos. Tras la reunión, una nueva cita para el próximo año, en el que Zósimo llegó a tiempo de recoger su cadáver y darle sepultura en el desierto.

María se convirtió inmediatamente en ejemplo del poder del arrepentimiento y de la fuerza transformadora del amor. Pronto se escribieron varias biografías suyas que obtuvieron notable éxito. Su vida se volvió leyenda y circuló, durante siglos, entre los monjes de Palestina. En la Edad Media la piedad popular mezcló su vida y la de María Magdalena y juntas se incorporaron a la literatura y a la iconografía populares.

También en Alejandría nació hacia el año 480 Teodora. De familia noble y cristiana se casó joven y todo fue bien hasta que otro hombre se enamoró de ella y consiguió que engañase a su marido. Presa del remordimiento se vistió de hombre y se dirigió a un monasterio masculino donde solicitó su ingreso. Después de someter al «joven» a duras pruebas fue «admitido» en el monasterio donde se le encomendaron los trabajos más duros, ignorando su condición femenina. Su marido mientras tanto la buscaba inútilmente.

Pasaron los años y Teodora iba aumentando en virtud y era admirada por su santidad que transmitía gran paz a todo el que se cruzaba con ella, incluso

a los animales feroces que merodeaban alrededor del monasterio. En una ocasión en que tuvo que salir a buscar trigo con unos camellos se le hizo de noche y tuvo que pernoctar en una cuadra con los camellos. Una prostituta que ofrecía por allí sus servicios intentó seducir al bello monje, y ante su rechazo juró vengarse. Meses más tarde se presentó en el convento con un niño que decía era hijo suyo y del monje. Teodora no se defendió y el abad, aunque sorprendido, la expulsó del monasterio. Ella se quedó en una choza al lado del mismo y, manteniendo



su vida monástica, se dedicó a criar al niño. Pasados siete años y, a la vista de su comportamiento y de los milagros que seguía haciendo, el abad la mandó llamar y le permitió vivir en el monasterio con su hijo con la condición de no salir nunca de su celda. Dos años después viendo que le llegaba la hora de la muerte se despidió de su hijo diciendo:

Hijo mío, ya llega el fin de mi vida; yo te encomiendo a Aquél que estando en

el cielo, es Padre de todos los huérfanos, y en la tierra, te doy de padre al que lo es de este monasterio. Tendrás por hermanos a los monjes de él. No procures ser honrado por los hombres, sino sólo de Dios; y para serlo, el mejor medio es ser deshonorado por el mundo, y padecer afrentas y falsos testimonios. Si quieres ser honrado, honra tú. Aborrece el demasiado dormir, abraza la aspereza en el comer y en el vestir y huye de todo regalo. No te descuides de la oración, ni dejes de asistir con los monjes a las horas canónicas, así de noche como de día.

No acuses a tus prójimos. Cuando te pregunten, responde con modestia, puestos los ojos en el suelo. No hagas burla de la caída ajena. Lloro para que seas consolado. Haz oración por los que viven mal. Visita a los enfermos, y sirve a los monjes como a tus señores. En las tentaciones, acude a la oración y pide al Señor que no seas vencido.

Y al terminar expiró. El abad, que no dejaba de vigilar su conducta, y que por una moción del Espíritu había intuido quien era, lo comunicó a los monjes y mandó avisar a su marido, quien ingresó en el monasterio y vivió en la celda de la que había sido su esposa.

La enseñanza de todas estas mujeres no fue fundamentalmente su palabra, sino su vida. Una vida en que la humildad y el silencio les permitió alcanzar, ya aquí, la cercanía del Amado y que el perfume de su santidad llegase y diese fruto en muchos a los que probablemente sus palabras no hubiesen llegado.

Todas estas mujeres no son más que pequeñas muestras de una vida espiritual oculta, escondida. La vida del Espíritu se manifiesta, brota, como quiere y donde quiere; el Espíritu llamó a estas mujeres, desde esclavas a reinas, desde mujeres innominadas hasta mujeres con nombre conocido, para que mantuviesen vivo un espíritu de Vida, valga la redundancia. Y en este papel de conservar, de mantener la vida, lo femenino tiene una función es-

pecial. Lo femenino, en sentido amplio, es la cueva que recoge, la copa símbolo tan universal en toda religión, la oquedad que acoge, que conserva, que guarda. Por eso, quizás, la función femenina de la mística sea acoger, guardar y transmitir, que en el fondo es lo que hace la femineidad, guardar, acoger y transmitir, y estas mujeres entendieron perfectamente cual era su papel.

La expansión del mundo musulmán, desde Persia al norte de España, hizo que, excepto en el reino bizantino, y aun con notables excepciones, las comunidades cristianas de estas tierras fueran languideciendo, por múltiples causas. Los seguidores del Amado fueron recibiendo otros nombres en estas tierras. En Europa, el Amor ensayó nuevos bailes y mostró nuevos rostros. En nuestro próximo artículo nos ocuparemos, si a Dios place, de otras viajeras enamoradas, menos conocidas que las grandes santas, que, en su búsqueda del Esposo, escribieron, con sus vidas, maravillosas historias de amor.

Notas

1. Fe de erratas: en el anterior artículo, por error, se decía que Nicodemo había acompañado a María Magdalena a Europa, en realidad este viaje se atribuye a José de Arimatea, de quien la tradición dice descendieron los reyes del Grial.
2. Cf. Lang J. *Ministros de la Gracia: Las mujeres en la Iglesia primitiva*. Ed. Paulinas Madrid 1991 y Bernardino Angelo (director) *Diccionario Patristico* (2 vol.). Ed. Sígueme Salamanca 1991.
3. Cf. *Hechos XVI*, 14-15 y *XVI*, 40
4. *Proverbios II*, 1-5.
5. Ver por ejemplo el temor de Moisés ante la zarza ardiendo (*Exodo III*, 6) o la teofanía del Sinaí (*Exodo XX*, 18 y ss.).
6. Citado por Nurbakhsh, J. en *La Gnosis Sufi* (Tomo I) pág. 104. Ed. Nur, Madrid 1998
7. *Romanos XVI*, 1-2.
8. Conviene recordar que en aquellos tiempo la palabra griega *ekklesia*, que hoy se traduce como «Iglesia», significaba asamblea, reunión de la comunidad, y por extensión, en los escritos cristianos, la propia comunidad.
9. *Romanos XVI*, 3-4.
10. *Hechos de los Apóstoles XVIII*, 24 y ss.
11. *Juan III*, 8.
12. Los cristianos fueron especialmente perseguidos, torturados y asesinados en el imperio romano a lo largo de los tres primeros siglos por un motivo fundamental: sus creencias desestabilizaban el imperio. El imperio romano aceptaba todas las religiones mientras respetasen el carácter divino del emperador y lo incluyesen entre los dioses de su panteón; la negativa de los cristianos a adorar a alguien más que al Dios único, y por lo tanto a ofrecer sacrificios al dios-emperador, representaba un elemento absolutamente inaceptable y llevó a que la religión cristiana fuese declarada *religio illicita*. Por otra parte el reconocimiento de la igualdad entre los hombres, varones y mujeres, libres y esclavos, ricos y pobres, que además de una afirmación teórica era una realidad práctica entre los cristianos de los primeros siglos, era socialmente perturbador y, con frecuencia concitaba las iras del resto de los ciudadanos. Hasta qué punto el cristianismo era considerado como algo que atacaba las raíces del imperio lo confirma el hecho que las sucesivas oleadas de persecuciones fueron impulsadas por los emperadores considerados como mejores gobernantes, si exceptuamos a Nerón.
13. *Lucas XII*, 11-12.
14. *Juan XVII*, 15.
15. cf. VV.AA. *Dictionnaire de Spiritualité* (17 vol.) Ed. Beauchesne, París, 1936-1995.
16. 1 *Tesalonicenses V*, 16-18.
17. Tribu germana originaria de Alemania central.
18. La mayor parte de los datos referentes a la vida de Macrina están tomados de esta biografía: Gregorio de Nisa, *Vida de Macrina y Elogio de Basilio*. Ed. Ciudad Nueva, Madrid 1995.
19. Basilio de Cesarea (330-379) fue uno de los grandes doctores de la Iglesia, definió los criterios de una moral nueva fundada en el amor de Dios. Fue uno de los grandes maestros del monacato y de hecho el monacato de la Iglesia griega sigue basándose en su regla y en su liturgia. Aceptó a regañadientes ser nombrado obispo y fundó numerosos monasterios, hospitales y hospicios.
20. Gregorio de Nisa (335-394) fue uno de los grandes teólogos y místicos capadocios que definieron la importancia de la Trinidad y del papel del Espíritu Santo. Además describió un itinerario espiritual que en la Edad Media fue, junto con los escritos de Dionisio, la base de la mística especulativa. En la *Vida de Moisés*, el ascenso de Moisés al Sinaí es presentado como arquetipo del proceso interno de todo hombre que se acerca a Dios: pasa por el Exodo, el Desierto, el Sinaí, el encuentro, la nube, la oscuridad. Todo ese proceso es el mismo encuentro que todo hombre espiritual realiza en sí mismo.
21. *Vida ... 1*, 3
22. *Vida ... 1*, 1
23. *Vida.... 23*, 1
24. cf. *Diccionario Patristico o.c.*
25. cf. Chevalier J. *Diccionario de los símbolos*. Ed. Herder. Barcelona 1986.
26. De hecho los peligros de esta vida solitaria hicieron enloquecer a muchos y la mayoría de los maestros espirituales no se la permitían a sus discípulos si no era bajo su directa vigilancia.
27. *Oseas II*, 16.
28. cf. Nurbakhsh, J. *Jesús a los ojos de los sufíes*, Ed. Darek-Nyumba, Madrid 1996.
29. *Diwan XLVII*.
30. Juan de la Cruz, *Noche oscura*.
31. Para ésta y otras Madres citadas, cf. la obra de Carrasqués M.S. y De la Red A. *Madres del Desierto*. Ed. Monte Carmelo, Madrid 2000 y el ya mencionado *Dictionnaire de Spiritualité*.
32. Téngase presente que en aquella época las tumbas de las familias ricas eran muy amplias y podían servir de vivienda.
33. Resumimos la vida de María Egipcíaca a partir de la biografía escrita por el obispo Sofronio de Jerusalén (cf. *Madres del Desierto o.c.*) y la *Leyenda Dorada* de Santiago de la Vorágine. Ed. Alianza, Madrid 1982.
34. 1 *Corintios I*, 27.

